
Desde el río *

«Nunca había sentido que fuera más lenta y violenta la vida como caminar entre un amontonadero de gente; igual que si fuéramos un hervidero de gusanos apelotonados bajo el sol, retorciéndonos entre la cerrazón del polvo que nos encerraba a todos en la misma vereda y nos llevaba como acorralados. Los ojos seguían la polvareda; daban en el polvo como si tropezaran contra algo que no se podía traspasar. Y el cielo siempre gris, como una mancha gris y pesada que nos aplastaba a todos desde arriba. Sólo a veces, cuando cruzábamos algún río, el polvo era más alto y más claro.»

JUAN RULFO

A Juan Rulfo, por sus lecciones de siempre

En verdad, de los numerosos ríos que conocía, el Manzanares, con ser el menos caudaloso y el más desquiciado de todos, era el que había tenido que cruzar más veces, siendo tal vez por ello que Lucas Sicardi, a pesar de haber soportado las molestas consecuencias derivadas del agua escasa y excesivamente cargada de residuos, como el mal olor y las correspondientes arcadas ante la aparición de algún animal hinchado, nauseabundo en su cadavérico tono verdoso, había llegado a sentir por el madrileño afluente cierta piedad extraña, muy cercana al respeto. El río se le aparecía, después de tantos años, como alguna ganancia laberíntica perteneciente a su mundo de proscrito, y no únicamente por la literatura que esta atarjea natural había venido mereciendo desde hacía siglos por el simple hecho de cruzar Madrid, tampoco por su inapropiado aunque hermoso nombre y mucho menos por añoranza de otros y nostalgia del Guadiana en particular —a cuyo lado este Manzanares mínimo se hubiera convertido en lombriz, tratando de competir con lenta, majestuosa anaconda—, sino porque dándose el caso de la gran admiración que sentía Sicardi por Goya, su pintura y todo lo que rozara al genial sordo, la maltrecha corriente de agua le hizo asociar la imagen más querida del aragonés, el Goya más real, contrapuesto al imaginado en el Coto de Doñana, en Burdeos y, sobre todo, totalmente distinto del que creyó avistar en Zaragoza. Era esta angosta aventura del Goya más auténtico y popular y la reconstrucción de su peregrinaje por un Madrid astroso la mejor compañía de Sicardi en los pensamientos obsesivos que le perseguían en los callejeos dedicados a sustituir su agobiadora realidad, hasta poder permanecer en el vuelo diario junto a los habituales compañeros de taberna, desconocidos en la intimidad, pero, siempre, dispuestos a mostrar esa fraternidad fingida de los que pertenecen al

* Páginas de la novela inédita *Los póstumos ganados*, dedicada a Rulfo, Onetti y Droguett. Finalista en el premio «Felipe Trigo».

gremio feudatario del alcohol. Así, aunque siempre pensó que el río pasaba avergonzado, sin dejar en su lecho nada valioso a no ser joyas de alcantarilla, éste se convirtió en una obsesión más de las que componían sus inarmónicas defensas, entre el polvo veloz de los vertiginosos automóviles de una ciudad no ya odiada, sino incluso quid de inmenso encono por cuyo fermento se atrofiaba hasta desear ser destruido con toda ella y sus alrededores. A ello, contribuían también los perifollos locos de los intermitentes, los guiños quiméricos de semáforos y neones, el imprevisto, caprichoso movimiento de gentes inexplicablemente agresivas y siempre apresuradas, urgentes, con la ofuscada velocidad de quien marchase a su propio entierro. Toda esta carga de sandeces que vetaba sus costumbres domésticas, cambiándolas por el ajeteo desmedido, inútil, le hacía volver la vista hacia el Manzanares y, si en verdad no lograba mirar el agua con agrado, se acostumbraba a imaginar el caudal de cieno en tiempos mejores. Volvía por instantes a la realidad, se trasladaba junto a los giros caprichosos de los perros y gatos en descomposición, las botellas de plástico, los desperdicios variopintos de la ciudad. El Manzanares cruza. Lleva el río aprendiz, discípulo, alumno o principiante, su ya vieja nostalgia de cauces poderosos. Ahora el destino logró que olvidara el tiempo de ser agua sin pretensiones bordeando la villa con deseos de ser Jarama, después Tajo, y convertirse en mar, en mar inmenso. Hoy el Manzanares pasa avergonzado, sin derribar los muros que son cárceles, ya río urbano y suburbial. Aunque nunca fue grande, aunque jamás su curso se vistiera de altisonantes remolinos, ya su serpenteo pacífico recortado en paredes, sus márgenes, sus alas amputadas, le visten de miseria. Ciego y sordo, aburrido del absurdo griterío que fluye del estadio, su tarea de sepulturero atribulado es música sin cobres, sin percusión, sin tan siquiera el ronco bajo de las ranas en su monótono croar, sin la batuta arbórea de las orillas viejas. El Manzanares pasa y con su lengua arrastra una vergüenza de leproso bíblico. Condenado a tolerar ninfas de plástico, ondinas de cartón, sílfides sucias de los más sucios desperdicios, pasa el río. Y así, cuando Sáez, el pintor, habló con Sicardi de las Pinturas Negras, de cómo Goya había ido gestándolas acompañado de la soledad y esa sordera que le convertía en brujo maldito ante los ojos de las comadres —que nunca lograron ver el auténtico poder taumatúrgico del genio— el cariño del obsesivo contemplador del río se convirtió también en obligación. La quinta —dijo también Sáez entre otras cosas, cuando exponía en Kreisler— estuvo situada cerca del río, en algún altozano tal vez hoy ocupado por alguno de los cementerios. Tenía dos pisos y una huerta y, sin ser lujosa, parece que fue agradable; pero ya no existen ni rastros: desaparecieron incluso los cimientos, entre remolinos de polvo y escombros que, sin duda, este voluntarioso Manzanares habrá llevado lentamente al mar. Parecería todo una leyenda si no existieran algunas menciones, más menudas que abundantes, recogidas en textos no muy divulgados. Nadie ocupa hoy su tiempo en tema tan desvalido. Pero ¿y qué decir del cráneo?, ¿quién sabe, considerado el tema en serio, qué sucedió en realidad?; si dejamos las anécdotas y las hipótesis, nadie fue capaz de dar una explicación exacta; no, no empecemos culpando a los gabachos como siempre, dejemos por un rato la xenofobia. Eso dijo Sáez, extendiéndose en detalles, tratando de profundizar utilizando la memoria, volviendo a los datos escuetos, citando alguna vez a Ortega y Gasset, a Gómez de la Serna, la teoría de un frenólogo, ladrón y profanador de tumbas desde luego, todavía sin rabo, aunque, bien mirado, pudiera ocurrir que con el curso de los tiempos, teniendo en cuenta la corriente